

COMUNICADO DEL FORO IGNACIO RAMÍREZ, EL NIGROMANTE

CON LA PARTICIPACIÓN DE PATRICIA GALEANA, LILIANA WEINBERG,
DAVID MACIEL Y VICENTE QUIRARTE

20 DE JUNIO DE 2018



Esta tarde con la participación de Patricia Galeana, Liliana Weinberg, David Maciel y Vicente Quirarte se recordó la figura de Ignacio Ramírez, el Nigromante, a dos días de celebrar los 200 años de su natalicio.

Patricia Galeana, a manera de introducción a este significativo homenaje, ofreció una semblanza corta y general de Ignacio Ramírez, quien nació el 22 de junio de 1818, en el pueblo de San Miguel el Grande, en el estado de Guanajuato (hoy San Miguel de Allende).

Ramírez fue uno de los hombres más brillantes que ha tenido México en su historia, afirmó Galeana y agregó: “un hombre de letras que cultivó el periodismo, el ensayo, la poesía, la prosa, además de ser un magnífico orador y constituyente del Congreso de 1856-1857”.

Patricia Galeana llamó la atención al liberalismo social que pregonó Ignacio Ramírez desde aquellos años, un liberalismo que existió en Europa, que aspiraba al respeto de todas las libertades, en primer término la libertad de pensamiento y el

cuidado del bien de la sociedad, en particular de los grupos marginados, como los grupos indígenas. Él mismo llevaba sangre indígena en sus venas, comentó.

Ramírez, continuó Galeana, abogó por el reconocimiento de la manera de trabajar la tierra en comunidad, que no se parcelaran sus ejidos, precisamente porque entendía que debía haber un respeto a su cultura, dijo.

La historiadora destacó que Ramírez fue políglota, no sólo dominó el náhuatl y el francés, sino el sánscrito, lo que nos describe su erudición y sabiduría.

En su oportunidad, David Maciel, académico de la Universidad de California, Estados Unidos, señaló que una de las primeras cosas que se infiere de Ignacio Ramírez, el Nigromante, fueron sus ideas del liberalismo social, verdaderamente avanzadas para su época, y para ello citó tres ejemplos, en todas sus obras abogó por los desprotegidos, pero sobre todo por sectores de la sociedad olvidados, como las mujeres, en este caso defendió el divorcio, la educación y el bienestar de la mujer, cuando a la mujer no se le dejaba ni entrar a las universidades. Ramírez decía, por ejemplo, que si no se cambiaban estas costumbres México nunca iba a progresar. Él pensaba ya en los derechos civiles de las mujeres, afirmó.

El compilador de las Obras completas de Ignacio Ramírez, junto con Boris Rosen Jélomer, consideró que otro sector social por el que abogó Ramírez fue el de los indígenas, a quienes veía totalmente oprimidos, explotados, discriminados y, por ejemplo, en su gestión como educador luchó por incluirlos al sistema educativo, de dotarles de becas, como él mismo lo hizo con su gran discípulo Ignacio Manuel Altamirano, resaltó.

Un tercer aspecto de su pensamiento social, explicó Maciel, fue la defensa de los jornaleros, los trabajadores, pues consideraba que su condición era deplorable, que eran explotados con salarios muy bajos y una vida muy precaria. Ramírez decía que los obreros necesitaban más educación, puntualizó.

Para Vicente Quirarte, la cercanía a la fecha del bicentenario del natalicio de Ignacio Ramírez, nos acerca a la reflexión de este fascinante personaje intelectual del siglo XIX.

El escritor miembro de El Colegio Nacional recordó dos imágenes de Ramírez en la historia, la primera, la inauguración de las estatuas de Ignacio Ramírez y

Leandro Valle a la entrada del Paseo de la Reforma, el 5 de febrero de 1889, y trajo a la mesa la reseña publicada por El Monitor Republicano.

Según la nota periodística no fue una gran fiesta ni mucho menos, dijo Quirarte, fue una celebración humilde de nuestra Constitución.

La segunda imagen, agregó, es la de Ramírez en el lado izquierdo del mural Sueño de un domingo por la tarde en la Alameda, de Diego Rivera, que se encuentra junto con otros notables liberales como Benito Juárez, Leandro Valle, Ignacio y Manuel Altamirano.

Originalmente en el mural de Rivera, recordó Quirarte, en el pliego que sostenía Ramírez decía: “Dios no existe”, anatema que despertó la ira de las buenas conciencias, por lo que la obra fue exhibida mucho tiempo tras biombos, hasta que su autor se vio obligado a cambiar la frase por la original que dijo Ramírez: “No hay Dios”, comentó.

En su intervención, Lilian Weinberg subrayó que Ramírez transitó a lo largo de su vida de la risa caricaturesca del Nigromante al discurso patriótico del Tirabeque o de la crítica mordaz del Chile Verde, es decir, de la burla mordaz a la arenga patriótica, y de ésta al gesto adusto del maestro y del orador, ese monitor republicano que actúa como tutor y multiplicador en la formación cívica de su compatriotas.

Desde muy joven, explicó Weinberg, Ignacio Ramírez irrumpió en la vida cultural de México, su ideología social giraba en torno al problema educativo. El Nigromante se consideró siempre un educador. Estaba tan preocupado por la educación que él mismo mandó a imprimir los primeros libros de texto que existieron en el país, aseguró.